

tanto á los Italianos, que echaron de ménos á los Godos. Cuando vinieron los Lombardos se vió á los súbditos del emperador desertar del Imperio para buscar entre los Bárbaros un poco de humanidad. Escuchemos el grave testimonio de San Gregorio el Grande acerca de la administracion romana en el siglo VI: escribe á un obispo de Oriente (1): «No puedo explicaros lo que me hace sufrir el exarca. Su malicia es más funesta que las armas de los Lombardos; los enemigos que nos matan nos tratan mejor que los oficiales del emperador.....» En una carta á la emperatriz añade el Papa: «He sabido que hay idólatras en Cerdeña y que los obispos no se cuidan de instruirlos. Pero se me ha dicho que los que sacrifican á los ídolos lo hacen con permiso del magistrado, que cobra por consentirlo un tributo. Habiéndole censurado el obispo este tráfico inaudito, respondió que habia comprado tan caro su empleo, que se veia precisado á recurrir á todos los medios para pagarlo..... La isla de Córcega, prosigue San Gregorio, está tan abrumada de impuestos que apénas pueden satisfacerlos sus habitantes, vendiendo sus hijos; lo cual hace que abandonen el Imperio y busquen refugio entre los Lombardos. ¿Qué más les ha de suceder entre los Bárbaros que verse obligados á vender sus hijos?»

De manera que aquellos á quienes llamaban Bárbaros eran ménos crueles que la administracion fiscal de los emperadores. Los Arabes, á quienes los escritores cristianos comparan con un huracán destructor, son llamados como salvadores por las poblaciones oprimidas por el Imperio. Despues de esto, ¿sentiremos todavía la invasion germánica y la conquista árabe? Salviano dice que los Galos y los españoles procuraban evitar, huyendo, la sábia administracion de Roma, y que encontraban más humanidad entre sus enemigos los Bárbaros, que entre los Romanos sus amigos. Se ha acusado de exageracion al Jeremías cristiano; pero ya hemos visto que un Papa nos dice que los más bárbaros de los Bárbaros eran más humanos que los exarcas de Constantinopla. En verdad, es menester estar ciego para no bendecir como un beneficio la terrible invasion que nos ha salvado del despotismo imperial.

(1) GREGOR. M., *epist.* v, 42, 41 (*Op.*, t. II, p. 769, 768).

## CAPÍTULO II.

### EL CATOLICISMO Y LA IGLESIA GRIEGA.

#### § I.— El cristianismo griego.

La suerte del cristianismo entre los Griegos suscita una cuestion de inmenso interes: ¿tiene la religion el poder de regenerar las naciones? Responderémos con la historia del Bajo Imperio en la mano. Cuando la corrupcion ha viciado los elementos vitales de un pueblo, las creencias no pueden salvarlo; solamente la infusion de sangre nueva puede devolverle la vida. La Europa debe á los Bárbaros esta saludable regeneracion; la ha pagado con las ruinas de una cultura brillante todavía, la ha pagado con la muerte de millares de sus hijos; pero ha salido de aquel inmenso cataclismo trasformada, fuerte, capaz de presidir á un nuevo desarrollo de la humanidad. Los Griegos del Bajo Imperio no han pasado por este bautismo de sangre; han perecido, sin que el cristianismo haya podido contener su ruina. Para que la religion reanime á los pueblos es necesario que los hombres tengan aún la fuerza necesaria para convertirse en hombres nuevos; los Griegos no la tenian. A las naciones que dejan perecer la moral, el derecho, la libertad, la historia les dice: «Vuestra suerte será la del Bajo Imperio.»

Si los Bárbaros hubieran destruido el imperio de Oriente lo mismo que el imperio de Occidente, tal vez deploráramos aún la ruina de la civilizacion romana; tal vez diríamos: ¿para qué han servido los Bárbaros? ¿No bastaba con el cristianismo para infundir una vida nueva á la sociedad? El Bajo Imperio, atacado por los

Bárbaros, ha resistido durante diez siglos: ¿ha regenerado la religión á los Romanos durante aquel largo período? ¿O más bien la decrepitud romana ha penetrado en la religión? Los hechos responderán.

Juliano el Apóstata decia que un heleno no se convertiría jamás á la adoración de un crucificado, al culto de los muertos; el Emperador consideraba la civilización helénica y el cristianismo como dos elementos inconciliables (1). Hay una profunda verdad en esa incompatibilidad de la cultura antigua y de la religión cristiana. Los Griegos se convirtieron, es verdad, pero conservaron los sentimientos, los gustos, las pasiones del paganismo. Esta tendencia se manifestó en las largas querellas en pro y en contra de las imágenes que desgarraron el imperio de Oriente: era como la lucha del espíritu severo del cristianismo contra el genio poético de la Grecia. Vencieron los partidarios de las imágenes. ¿Y qué resultó? Que el paganismo helénico se introdujo en la religión cristiana. El Occidente protestó contra aquella invasión de los dioses y de las diosas de Homero con la voz de Carlo-Magno, de los concilios de Francfort y de París. Aun cuando la protesta se haya estrellado contra la ignorancia y la superstición, era propia del carácter de los pueblos occidentales; la reforma dió la razón á los iconoclastas. La Iglesia griega perpetuó, si no en la teoría, al ménos de hecho, la idolatría antigua.

El helenismo ha llegado á ser el principio de la más brillante civilización, porque es idéntico con la libertad de pensar. No sucedió esto con el paganismo cristiano del Bajo Imperio; embrutecía las inteligencias para dominarlas mejor. «Cuando pienso, dice Montesquieu, en la ignorancia profunda en que el clero griego sumió á los laicos, no puedo ménos de compararlo con aquellos Escitas de que habla Herodoto, los cuales sacaban los ojos á sus esclavos, á fin de que nada pudiera distraerlos al batir la leche..... Una superstición grosera, que humilla el espíritu tanto como lo eleva la religión, hizo consistir toda la virtud en una ignorante estupidez respecto de las imágenes.»

La decadencia de la raza helénica precipitó la decadencia de la

(1) Véase el tomo IV de mis *Estudios*.

religión. Los Griegos tenían el genio de la filosofía y trasportaron á la Iglesia esta misma afición á las especulaciones. Durante la primera época del cristianismo la alianza del helenismo con el Evangelio produjo admirables frutos. Los teólogos de la Iglesia griega formularon el dogma cristiano; los diez concilios generales celebrados desde el siglo IV hasta el siglo VIII estaban compuestos casi exclusivamente de obispos de Oriente (1). Pero esta bella facultad de la raza helénica degeneró en medio de la decadencia universal. Las discusiones religiosas se convirtieron en luchas de retóricos (2): «Los Griegos, muy habladores, muy disputadores, sofistas por naturaleza, no cesaron de embrollar la religión por medio de controversias. A medida que las discusiones teológicas se hacían más vivas, se iban haciendo frívolas.» «En lugar de creer, se disputa; en lugar de orar, se argumenta. Los grandes caminos se cubren de obispos que van al concilio; las postas del imperio bastan apenas; toda la Grecia es una especie de Peloponeso teológico en el que unos átomos se baten por otros átomos.»

Léjos de convertirse en un elemento de fuerza, la religión fué una causa de decadencia. Las querellas teológicas dividieron y ensangrentaron el imperio. Aquellas miserables querellas nacían con motivo de una palabra, de una sílaba. Los Griegos cantaban en las iglesias: «*Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos.*» Este es el famoso *trisagio* que los ángeles y querubines repiten, según se dice, ante el trono de Dios, y que fué revelado milagrosamente á la Iglesia de Constantinopla á mediados del siglo V. Pero se les ocurrió á los de Antioquía añadir al angélico himno estas palabras: «*Que fué crucificado por nosotros.*» Hubo quien creyó que era una herejía atribuir á toda la Trinidad lo que no convenía más que á Jesucristo. Los partidarios del *trisagio* simple y los del *trisagio* modificado vinieron á las manos en la catedral de Constantinopla; la mitad de la capital fué reducida á cenizas; 6.000 cristianos perecieron en nombre de un Dios de paz y de caridad (3).

(1) En el concilio de Nicea había 315 obispos orientales y 3 de Occidente; en el concilio de Constantinopla (de 381), 149 obispos griegos y uno de Occidente; en el concilio de Calcedonia (451), 350 obispos griegos y 3 latinos (GUIZOT, *Curso de historia*, lección XII).

(2) MONTESQUIEU, *Granleza*, c. 20.—DE MAISTRE, *del Papa*, IV, 9.

(3) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, II, 2, p. 1004.

Es preciso recordar el profundo horror que los ortodoxos sienten hácia los heréticos, para formarse idea del ódio que produjeron las discusiones teológicas. Los Griegos se creían manchados cuando hablaban con algun hereje ó habitaban con él; á sus ojos un hereje era peor que un extranjero ó un bárbaro. Las discusiones religiosas degeneraron en divisiones políticas. Arrastrados por la locura general, los emperadores tomaron parte en las querellas religiosas, y como los jefes del Estado eran en cierto modo los papas de la Iglesia griega, la opinion abrazada por el Emperador llegaba á ser la opinion ortodoxa. De aquí provino que las sectas vieron en el Príncipe un enemigo y en los que seguian su fe los aduladores del poder (1). Las antipatías de raza envenenaron las discusiones religiosas y políticas. Así es como las disputas teológicas condujeron á la disolucion del Imperio.

La secta de los monofisitas, arrojada del Imperio, halló un asilo en Egipto. Tal vez los Egipcios no eran monofisitas sino porque sus señores eran ortodoxos; detestaban á los Melchitas ó realistas como dominadores extranjeros. Lo que nos induce á creerlo es que los monofisitas egipcios fueron amigos de todos los enemigos del Imperio; se unieron con Cosroes y despues entregaron el Egipto á los Árabes. El monofisitismo separó tambien á los Armenios, los más antiguos y los más fieles aliados del Imperio; se echaron en brazos de los Persas; el ódio encendido por un disentiimiento acerca de la naturaleza de Jesucristo fué tan profundo, que sobrevivió á la caída del imperio griego. Una querella teológica acerca de Cristo fué tambien la que alejó del imperio á la poderosa secta de los nestorianos; perseguidos por Justiniano, se refugiaron en Persia; desde allí difundieron el cristianismo y la ciencia griega en el Asia oriental; pero continuaron siendo enemigos de sus perseguidores (2). Los Persas y los Árabes sacaron partido de aquellas disensiones; el imperio perdió la Siria, el África y el Egipto; pero los Griegos siguieron incorregibles. El furor de las disputas teológicas llegó á ser como una enfermedad crónica. «Cuando Cantacuzano sorprendió á Cons-

(1) MELCHITAS, *Realistas*.

(2) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. 1, §§86, 110, 120.

tantinopla, encontró al Emperador y á la Emperatriz ocupados en un concilio contra algunos enemigos de los monjes; y cuando Mahomet la sitió, se ocupaban más del concilio de Florencia que de la llegada de los Turcos» (1).

La religion imperaba en las almas, y sin embargo, la Iglesia griega no consiguió hacer penetrar el espíritu del cristianismo en el estado social y en las costumbres. En el Occidente el catolicismo trasformó insensiblemente la barbárie germánica; la humanidad de nuestras leyes y de nuestras costumbres es debida en gran parte á la educacion cristiana. En el Oriente el monacato era omnipotente: «Ningun negocio de Estado, ninguna paz, ninguna guerra, ninguna tregua, ninguna negociacion, ningun casamiento se trataba sino por intermedio de los monjes: los monjes llenaban los consejos del príncipe y constituian casi exclusivamente las asambleas de la nacion.» ¿Para qué sirvió aquella excesiva influencia? ¿Para corregir á los príncipes? El Imperio de Oriente ha tenido emperadores teólogos, pero no ha tenido un San Luis. Aquellos teólogos coronados no tenían de la religion más que el espíritu disputador, embrollador y apasionado; Justiniano persiguió á los herejes durante su largo reinado y murió hereje. La dominacion de los monjes debilitó el Imperio por la desastrosa devocion que inspiraron á los príncipes: «Mientras Basilio ocupaba á los soldados de su ejército en erigir una iglesia á San Miguel, dejó á los Sarracenos talar la Sicilia y tomar á Siracusa. Andrónico abandonó la marina, porque le aseguraron que Dios estaba tan satisfecho de su celo por la paz de la Iglesia, que sus enemigos no se atreverian á atacarle. Aquel piadoso emperador temia que Dios le pidiera cuenta del tiempo que empleaba en gobernar su Estado, robándolo á los asuntos espirituales» (2). ¡Tal es el ideal de un príncipe cristiano en el cristianismo griego!

La Iglesia griega reprueba la esclavitud tal vez más que la Iglesia de Occidente (3). Sin embargo, en el Occidente la servi-

(1) MONTESQUIEU, *Grandeza y decadencia de los Romanos*, c. 20.

(2) IBID.

(3) Véanse mis *Estudios sobre el Cristianismo*.

dumbre desapareció bajo la influencia de las costumbres germánicas; en el Imperio de Oriente la legislación la reconocía todavía al cabo de diez siglos de cristianismo. Leon el Filósofo dió un pomposo edicto para prohibir al hombre enajenar su libertad, pero la esclavitud subsistió. Los hombres se dividían en libres y esclavos, lo mismo que en tiempo de Justiniano; las leyes trataban de los vicios redhibitorios de los esclavos del mismo modo que nuestras leyes hablan de los vicios redhibitorios de los animales (1). Fueron necesarios mandamientos repetidos para permitir á los esclavos el matrimonio religioso. Los amos temían que el sacramento emancipara á sus esclavos: en efecto, ¿cómo había de poder casarse una cosa? (2). El único progreso que puede atribuirse á la influencia del cristianismo es el de que los prisioneros cristianos no eran reducidos á servidumbre; pero los Bárbaros y los paganos no eran considerados como hombres; siguieron condenados á la esclavitud hasta la caída de Constantinopla (3).

El hecho de que la esclavitud, ese crimen de la antigüedad, haya sobrevivido al mundo antiguo, es una prueba manifiesta de que el cristianismo no hubiera sido suficiente para regenerar la sociedad. No regeneró ni aún las costumbres. El furor del circo corría parejas con el furor de las disputas religiosas. Estas pasiones dominantes de los Griegos de Bizancio demuestran que la religión cristiana no penetró en las almas; la civilización misma decayó. ¿Fue el helenismo el que corrompió al Evangelio, ó fue la teología cristiana la que consumió la decadencia del genio griego? Creemos que el origen del mal estaba en la decrepitud de la raza helénica. La corrupción estaba demasiado adelantada para que fuera posible la curación; esta corrupción favoreció al despotismo, y el despotismo imperial reobró sobre la Iglesia griega, sometiéndola á los caprichos de la tiranía.

(1) LEONIS, *Constit.*, 100 y 21.

(2) El emperador Alejo Comeno mandó que el matrimonio de los esclavos se celebrase religiosamente como el de los hombres libres, pero sin que la solemnidad religiosa atacase los derechos de los señores (BIOT, *De la abolición de la esclavitud en Occidente*, p. 213). El emperador Basilio había dado ya el mismo decreto.

(3) BIOT, *De la abolición de la esclavitud*, p. 228.

## § II.—La Iglesia y el Estado.

Cuando hacía el fin de la Edad Media los pueblos de raza germánica se levantaron contra el pontificado, se dejó oír un inmenso grito de reprobación contra Roma; los reformados deploraron la larga tiranía bajo la cual había gemido la cristiandad; lanzaron invectivas á los papas, llamándolos antecristos y prodigándoles las injurias á que se prestan las imágenes del Apocalipsis. La Iglesia griega responderá á estas apasionadas acusaciones. Sacudió temprano el yugo del pontificado, y ¿cuál fue su destino? Una vergonzosa servidumbre. La religión se convirtió en un instrumento en manos del despotismo imperial. El cristianismo perdió con su contacto la virtud civilizadora que le distingue entre los Bárbaros. Le faltaba la libertad, y sin la libertad no hay vida.

El Imperio griego sucedió á la antigüedad. En apariencia dominaba en él el elemento cristiano; en realidad, dominaba el elemento greco-romano. El cristianismo se estableció en medio de una civilización adelantada que tuvo que respetar, en medio de un estado político que no podía pensar en destruir. Cuando Constantino rechazó el paganismo, pareció que esto no producía más alteración sino que el cristianismo iba á ser la religión del Estado; no se pensaba que un cambio de religión entrañaba toda una revolución social. El antiguo edificio de la sociedad subsistió; los emperadores fueron los grandes pontífices del cristianismo (1), de la misma manera que habían sido los grandes pontífices de la sociedad pagana. No había más que una diferencia entre los derechos del Emperador cristiano y los de los Césares romanos, y es que no tenían el derecho de sacrificio (2). Pero la separación del poder civil y del poder religioso no era más que aparente; ocultaba la servidumbre de la Iglesia.

(1) SOCRAT., *Hist. eccl.*, lib. IV, prem.

(2) DEMETRIUS CHOMATENUS, citado por LEQUIEN, *Oriens christianus*, t. I, c. 13.